

perturbable, sino de la fe que gobernaba su corazón? Los mismos enemigos del cristianismo, los que le perseguían mas encarnizadamente no podían ver esta fuerza sobrenatural sin hallarse sobrecogidos de estupor. ¡Y cuántos convertidos por su asombro se transformaban de verdugos en víctimas?

Ve aquí, señor, los efectos que ha producido la moral de Jesucristo. ¡Y cómo no vendrá de Dios una religion que propone una moral tan santa, y que inspira un valor tan superior al esfuerzo del hombre! Aun me queda que deciros mucho; pero hoy tenemos la triste circunstancia de que uno de nuestros compañeros está en los últimas agonías; se le va á recomendar el alma, y es preciso que yo vaya con los demas á hacerle este último oficio melancólico: os pido que me deis licencia, y mañana podrémos continuar. Yo no pude hacer otra cosa que darle gracias, y asegurarle que al otro dia le escucharia con gusto. El se fué, y yo quedé solo.

Pero quedé sumergido en un mar de pensamientos y reflexiones. Jamas se iba este padre sin dejarme conturbado y confundido. Cada dia me hacia ver mas mi ignorancia, y me atolondraba mas con sus convencimientos; ya no me sentia con fuerza para resistirle. Muchas veces te he dicho que le escuchaba con desconfianza; que sabia que su profesion le empeñaba á tener ó mostrar aquellas

opiniones; que por otra parte su elocuencia, su ardor, su genio activo y eficaz, junto al tono de su propia persuasión, me hacían temer que su entusiasmo seductivo no diese á sus discursos un colorido que me pudiese alucinar.

Con este temor, cuando estaba solo y fuera de la esfera de su actividad, los repasaba conmigo. No contentándome con los pequeños resúmenes que te he indicado, hacia otros mas extendidos, los delineaba en el papel segun me lo presentaba mi memoria, y son los mismos que te copio ahora. Me parecia que escribiéndolos yo mismo, y leyéndolos despojados de todas las gracias y adornos que podia darles la expresion animada con que me los decia, debía sentir su fuerza natural y verdadera, discernir mejor lo que podia ser en ellos sofisma ó ilusion, y juzgar bien de su solidez ó de su flaqueza.

En efecto, los leia, los repasaba muchas veces con la calma mas fria, con la atencion mas desnuda de todo adorno; procuraba quitarles toda especie de prestigio, examinaba los hechos y las razones en ellas mismas, y trabajaba por apreciar con imparcialidad su valor. ¡Te lo diré, Teodoro? Quanto mas consideraba los hechos, tanto mas me parecían probados, ciertos é indubitables; quanto mas pesaba las razones, tanto mas me parecían claras, demostrativas y evidentes.

Aquel mismo dia me ocupé en contemplar y

considerar por todas partes el plan de la religion, este plan de que tanto me habia hablado el padre, y me pareció que el padre tenia razon; que es grande, magnífico y suntuoso, que nació con el mundo, que se ha seguido en todos tiempos, que está enlazado en todas sus circunstancias, que un pensamiento tan sublime y grandioso no podia haber mas que en las ideas de Dios, que un edificio tan inmenso y hecho con tan débiles materiales no ha podido construirse sino por una mano divina, y que esta mano se muestra tan visible, que hace inexcusable la obstinacion del incrédulo.

Este era el resultado de mis reflexiones, y ya puedes considerar cómo debian angustiarme. No obstante, para apurar todos los medios posibles de mi desengaño, me determiné á poner el plan sobre el papel, y hacer un nuevo-resúmen. Creí que esto me serviria para examinarle en su totalidad y en cada una de sus partes, y que así podria reconocer la parte débil; con esta idea hice un extracto que dice así:

No hay escrito, monumento ni memoria por donde sea posible saber la creacion del mundo, los sucesos primitivos, y lo que pasó en la primera historia de los hombres hasta el tiempo en que Moises vivia, sino por los libros que escribió el mismo Moises.

Moises refiere en ellos que Dios sacó al mundo de la nada, que dió el ser á cuanto existe, que la

última de sus obras fué el hombre, que este ingrato le desobedeció, que Dios le castigó privándole á él y tambien á su posteridad de los excelentes dones con que le habia dotado; pero que para consolarle le prometió que con el tiempo le enviaria un Mesías ó un Redentor, que repararia todos los daños de su desobediencia.

Que desde entónces este Redentor fué el objeto y la esperanza de los hombres, y el centro y fin de las operaciones de Dios.

Que Dios repitió despues la misma promesa á Abraham, Isaac y Jacob, diciéndoles que el Redentor saldria de su linage, y seria uno de sus descendientes.

Que los descendientes de los patriarcas estaban en Egipto y en la esclavitud de Faraon, y que Dios para empezar á cumplir su promesa, se apareció á Moises, uno de entre ellos, y le mandó los sacase de allí, y los llevase á la tierra de Canaan, donde debia nacer el Redentor.

Que Moises á pesar de Faraon, soberano de Egipto, los sacó en efecto de aquella esclavitud, y del Egipto los condujo por el desierto, y los llevó en fin á la tierra de Canaan.

Que no pudo vencer la resistencia de Faraon, ni superar todos los obstáculos sin hacer muchos milagros portentosos; y que hizo tantos, tan públicos y tan repetidos, que ellos superaron todas las resistencias.

Que el mismo Moises recibió tambien la órden de Dios de escribir todo lo que pasó en la creacion, y todo lo que acaeció desde ella hasta su tiempo, para que no se borrarse entre los judíos la memoria de aquellos hechos, como se habia borrado entre las demas naciones, para que se conservase en su posteridad, y estuviese ella preparada á recibir al Redentor en el tiempo que estaba señalado por su sabiduría.

Que al mismo tiempo recibió la órden de continuar esta historia, escribiendo todos los hechos de que él mismo seria instrumento y testigo, desde la salida de Egipto hasta la entrada en la tierra de Canaan.

Que en cumplimiento de estas órdenes Moises ejecutó la empresa, y escribió los acontecimientos de ella, y los milagros que hizo con la virtud de Dios para vencer todos los obstáculos.

Que si estos milagros son ciertos, deben probar la verdad de cuanto dice en sus libros; porque el que hace milagros tiene el Espíritu de Dios, y el que tiene el Espíritu de Dios, no puede mentir en cuanto escribe.

Que estos milagros son evidentemente ciertos, y estan probados con la creencia y tradicion de todos los hebreos que los vieron, y con la autoridad de los mismos libros que los refieren; pues desde entónces los mismos hebreos que fueron testigos de ellos, recibieron estos libros como sa-

grados y como inspirados por Dios, los guardaron con culto religioso, y los pasaron de mano en mano, de generacion en generacion hasta los actuales que los veneran como los católicos con el mismo respeto.

Y en fin, con los monumentos, cánticos y fiestas que los mismos hebreos instituyeron al instante que se hacia cada milagro, para dar gracias á Dios y conservar su memoria, y que se han repetido despues todos los años por sus descendientes hasta llegar á los actuales, que en el dia renuevan anualmente las mismas ceremonias.

Que la verdad de estos libros y de los demas hechos que contienen, está probada por la reverencia con que desde entónces los leyeron y guardaron sus contemporáneos; pues si no hubieran visto los milagros que refieren, ó si contuvieran alguna falsedad, de que debian estar necesariamente informados, no los hubieran consagrado como la parte mas venerable de su religion, ni los hubieran pasado á sus descendientes, recomendándoselos como verdaderamente divinos.

Que la identidad, la integridad y la ninguna alteracion de los libros que hoy veneramos como escritos por Moises, se prueba por su perfecta conformidad con los que tienen los judíos, y que desde entónces fueron conservados por ellos con la custodia mas escrupulosa; y que es visible que la Providencia, para acreditar la verdad del cristia-

nismo, ha dispuesto que los fundamentos en que estriba sean atestiguados por sus mas encarnizados enemigos.

Que las promesas que hizo Dios á los patriarcas, y que se refieren en estos libros, no se pueden negar; pues la existencia del culto y de toda la nacion judía no tiene otro fundamento que estas promesas.

Que fuera de lo que acerca de ellas dijo Moises, posteriormente y cuando la nacion estaba establecida en la Judea otros nuevos profetas las repitieron y corroboraron, y que no solo añadieron diversas señales para que se reconociese el Mesías, sino que determinaron positivamente el tiempo preciso de su venida.

Que por consiguiente Moises habia probado su mision, y que la religion de los judíos era visiblemente obra de Dios.

Que precisamente en el tiempo que habian señalado los profetas, nació Jesus, hijo de Maria.

Que este Jesus era descendiente de David, á quien Dios habia revelado que de su linage debia nacer el Mesías, y que todos los judíos lo sabian.

Que Jesus nació en Belen, en donde los profetas dijeron que el Mesías habia de nacer.

Que el mismo Jesus predicando á los pueblos de Judea y de Galilea, les dijo que él era el Mesías; pero que los judíos no le creyeron, y que por eso le crucificaron.

Que este Jesus aunque crucificado, y aun por lo mismo que fué crucificado, era el verdadero Mesías, y que decia verdad en cuanto dijo; porque probó mas claramente su mision que Moises la suya.

Que la probó porque todas las señales que dieron los profetas para reconocer el Mesías, y que se leen en los libros de los judíos igualmente que en los nuestros, se verificaron completamente en su persona.

Porque las profecías que hizo el mismo Jesus se cumplieron perfectamente, y porque Jesus hizo grandes y públicos milagros, que era imposible hacer sin la asistencia de Dios, y Dios no le hubiera asistido, si no hubiera dicho la verdad cuando dijo que era el Mesías.

Que entre estos milagros hizo el de resucitarse por su propia virtud, y el de ascender al cielo en presencia de muchísimos testigos; lo que prueba con evidencia su divinidad.

Que fundó y estableció una religion espiritual y contraria á las inclinaciones humanas con doce pescadores ignorantes y pobres.

Que no solo hizo milagros, sino que tuvo el poder de comunicar este don á sus discípulos; y que estos hicieron tantos, que con ellos convirtieron muchos judíos, y los innumerables gentiles de que se formaron las primeras iglesias cristianas, que han llegado sin interrupcion hasta nosotros.

Que todos estos hechos, tanto los del nacimiento, de la vida y muerte de Jesus, como los de los milagros que hizo, estan escritos por los apóstoles y evangelistas, autores coetáneos y testigos fidedignos, pues ellos mismos hicieron milagros.

Que los escribieron á sus contemporáneos, no para instruirlos, pues los sabian como ellos, sino para conservarlos, con el fin de instruir á la posteridad y á las regiones distantes, y que no es posible se atrevisen á consignar en presencia de los coetáneos hechos de tanta magnitud, si fueran falsos; pues sin esto, léjos de que la religion cristiana se hubiera podido propagar tan rápidamente, se hubiera desacreditado del todo.

Que solamente la publicidad y la repiticion de estos milagros pudieron conseguir que á pesar de tan débiles medios se propagase una religion tan difícil de creer por la incomprendibilidad de sus misterios, y tan difícil de practicar por la severidad de sus preceptos.

Que estos milagros fueron atestiguados por innumerables testigos, no solo sin tacha, sino de virtudes excelentes; que fueron predicados en regiones distantes, sin que pudiese haber complicidad, pues entónces cada uno estaba solo y sin ningun interes, ántes por el contrario les costaba la vida el predicarlos; y que pues se dejaban martirizar por sostenerlos, no podia ser esto por otra causa que por no faltar á la verdad.

Que, en fin, desde que estos milagros son ciertos, la religion cristiana que ellos autorizan es la verdadera; que si la religion cristiana es verdadera, Jesucristo es Dios; y esta conclusion me estremece: porque ¿qué será de nosotros?

Ve aquí, Teodoro, el compendio que hice aquel dia para sujetarle á nuevo exámen, y te confieso que me hacia temblar; porque le volvia, le revolvia por todas partes para buscar la parte débil, y no la podia encontrar. Los hechos me parecian probados, mi razon queria resistir á su evidencia, y se veia obligada á ceder; las consecuencias eran legítimas y naturales, yo examinaba cada proposicion en sí misma, yo las repasaba todas una despues de otra, y no veia que fuese posible rechazar ninguna.

¿Qué hubiera yo dado entónces por tener junto á mí todos nuestros amigos, para ver qué efecto hacian sobre ellos estas reflexiones, de que estan tan léjos como yo estaba? Sobre todo hubiera deseado tener allí á esos intrépidos y famosos incrédulos, que hablan con tanto desprecio de una religion, que tiene en su favor razones de tanto peso. Yo hubiera querido ver cómo se desenredaban de esta cadena de pruebas y fundamentos; si todo su espíritu podia descubrir algun flaco en raciocinios tan elevados, tan claros, tan seguros y tan sostenidos los unos con los otros. Creerás, Teodoro, que yo empezaba á recelar que el pa-

dre podia tener razon, cuando me decia que los mas famosos de estos incrédulos no conocen bien la religion que atacan, que nunca la han examinado en su fondo interior, que sólo se han detenido en los accesorios que la ignorancia ha juntado, ó en los abusos que la supersticion ha añadido.

Te aseguro que esto me parece ya verosímil, y que me lo persuaden sus propias obras; porque haciendo reflexion, veo que no se pagan mas que de estas frioleras para hacerla ridícula, y que no combaten el tronco ó la esencia de la religion; pero yo quisiera que dejando por un instante sus chanzas, ironías y sarcasmos, me respondieran seriamente, ¿si creen posible que Moises, sin mision divina y sin milagros, pudiese sacar á los hebreos del Egipto? Que me explicaran ¿con qué arte pudo engañar á los mismos hebreos? ¿Cómo logró hacerles cantar el cántico en que dieron gracias á Dios por el milagro del paso del mar Rojo? ¿Y cómo en celebridad de este prodigio pudo desde entónces instituir una fiesta, que sus descendientes celebran todavía, si este prodigio fuera una fábula?

Que me dijeran ¿cómo Moises se atrevió á escribir unos libros para publicarlos inmediatamente, en que expuso la creacion del mundo y las demas noticias que contienen, si no eran conformes á las tradiciones que sabian todos? ¿Cómo ingirió tantos milagros, que dice haber hecho en pre-

sencia de los judios sus contemporáneos, que cita como testigos para que los pasen á la posteridad, si en caso de ser falsos, los mismos á quienes entregaba los libros, no debian desmentirle?

¿Y con qué mágica engañó á tantos millares de hombres que al instante recibieron estos libros, los veneraron como divinos, hicieron de ellos el mas sagrado cánon de su religion, y los pasaron como tales á sus descendientes, que hoy mismo los veneran como ellos?

¿Cómo los libros del Nuevo Testamento escritos por tantos autores contemporáneos, todos conformes en los hechos esenciales, y todos testigos oculares ó instrumentos de ellos, pueden no ser verdaderos? Y si no lo son, ¿por qué no han sido desmentidos ni por los judios, ni por los gentiles, ni por los hereges?

¿Cómo los milagros de Jesucristo nunca han sido contradichos? Pues los gentiles no atreviéndose á negarlos, se contentaron con oponerles los ridículos de Apolonio. ¿Cómo y por qué los judios tampoco tuvieron el valor de negar hechos públicos conocidos de todos, y echaron mano de tan miserable recurso, como el de atribuirlos á la magia y á la pronunciacion del nombre *Jehová*?

¿Cómo si los milagros son ciertos, puede no ser divina la religion en que se hacen? Y si no son ciertos, ¿cómo doce pobres pescadores, cada uno por su lado, han podido hacer creer una moral aus-

tera? porque esto seria mas incomprendible que todo.

En estos y otros puntos semejantes hubieran debido ocuparse los que quieren destruir la religion; debian atacar sus fundamentos, deshacer razones que parecen eficaces, y que en efecto han arrastrado tantos pueblos y tantas naciones. ¿Pero de qué sirve andarse por las ramas sin atreverse al tronco, como hacen los mas famosos de entre los filósofos? Y esto me hacia reflexionar que el padre tenia mucha razon cuando decia, que desde que está probada la verdad de la religion, y que no se destruyen sus fundamentos, importa poco que los incrédulos propongan objeciones, y que no sea posible responderlas; porque esto no destruye la verdad, y solo hará ver que el espíritu humano es tan limitado, que aun en las verdades mas probadas y mas visibles, como no alcanza á conocer todo el objeto, le queda siempre mucha obscuridad.

En fin, empezaba á parecerme que aquellos grandes ingenios que yo tenia por tan sólidos y luminosos, podian ser mas frívolos de lo que yo imaginaba; y que estos eclesiásticos que yo juzgaba tan toscos é ignorantes, sabian mas de lo que yo creia; empezaba tambien á desconfiar de mis propias opiniones. Por un lado tenia deseo de fijar mi espíritu; porque me sentia inquieto, y me atormentaba mi cavilacion: habia instantes en que

me parecia que lo mejor era arrojarse en los brazos de la religion, pues que al fin este era el partido mas seguro. Pero por otro lado me detenia muchas reflexiones: la vergüenza de confesar á un pobre eclesiástico, que un hombre como yo habia vivido en el error, y que él me iluminaba; el temor de que tú y mis demas amigos os burláseis de mí, y me nombráseis como un espíritu débil, que un fanático habia seducido; la pena de dejar una vida tan agradable como la que yo hacia; la dificultad de abandonar mis gustos, sacrificar mis pasiones y abrazar una vida austera, que me parecia imposible sostener: cada una de estas cosas se me representaba como una montaña que yo no era capaz de vencer; esto me hacia combatir contra mi flaqueza, procuraba hacerme fuerza, y me disponia á resistir.

Pasé una noche muy inquieta, y dormí poco. Yo mismo no me podia entender; porque se me escapaban exclamaciones que nunca habian salido de mis labios. Algunas veces me sorprendí diciendo: ¡O Dios! si es verdad que existes; si es verdad, Jesucristo, que eres Dios, alumbrá mi ceguedad, y determina mi corazon. En estas agitaciones pasé toda la noche, y esperaba con impaciencia el otro dia. En otra te contaré lo que me pasó en él. A Dios.